

pasado, hasta que Liz Knights desenterró no hace mucho la correspondencia que cruzaron mi madre y Victor Gollancz en diciembre de 1959.

Desde el principio, mi título había sido *La oveja roja*, una obvia alusión, me parecía, a la oveja negra de una familia pero que en mi caso era roja. A Victor Gollancz no le gustaba ese título porque daba pie a una posible ambigüedad; podía interpretarse en el sentido de que la oveja en cuestión era una sumisa seguidora de los criterios «rojos» del Partido Comunista. Hablamos sobre posibles alternativas; por fin, el señor Gollancz propuso *Nobles y rebeldes*, título que yo acepté como un corderito. (Para mayor confusión, Houghton Mifflin lo cambió por *Hijas y rebeldes*, con el pretexto de que en Estados Unidos ese «nobles» pecaría de ambiguo.)

En dicho punto, mi madre entró inesperadamente en liza. Escribió al señor Gallancz para comunicarle sus objeciones ante el nuevo título:

Confío de veras en que el título del libro vuelva a ser el original «La oveja roja», y no «Nobles y rebeldes».

Creo que convendrá conmigo en que se ha abusado de ambos adjetivos a la hora de describir a estas hijas mías, y a estas alturas la opinión pública está más que harta de oírlos. Me parece que verlos plasmados ahí en la portada de un libro de otra de mis hijas va a hacer que mucha gente ni se plantee comprar el libro.

Victor Gollancz respondió con considerable aspereza: «Estimada lady Redesdale: Dejando aparte el hecho de que tanto nosotros como nuestros vendedores pensamos que *Nobles y rebeldes* es un título brillante, y *La oveja roja* uno malísimo, a estas alturas es virtualmente imposible llevar a cabo cambio alguno...».

Y mi madre contestó a su vez: «Ya veo que es demasiado tarde para llevar a cabo cualquier cambio. En cuanto a cuál de los dos